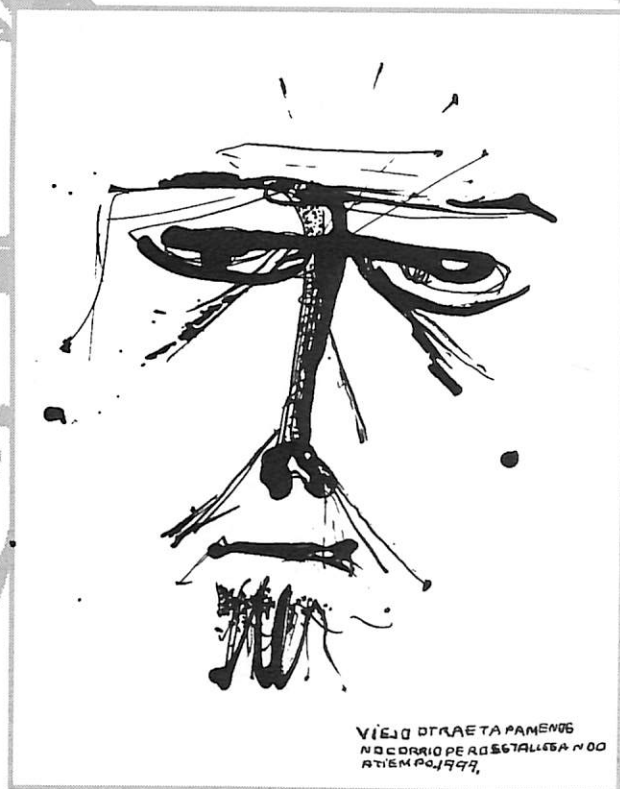
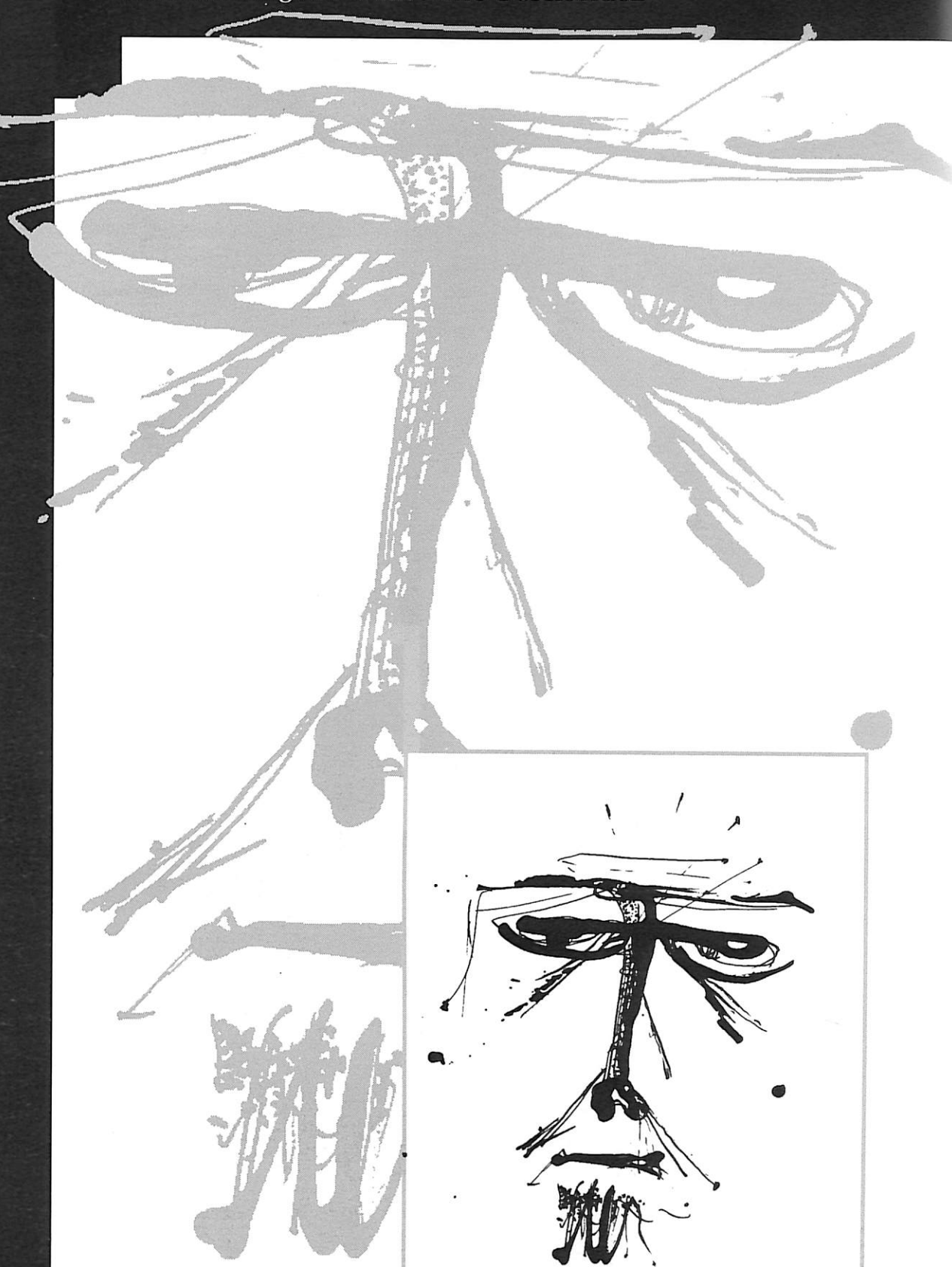


Sección a cargo de Guillermo Fernández

ITALIA EN LA COLMENA



VIEJO DTRAETA PAMENOS
NO CORRIQ DE RO 567ALISA N DO
ATIEMPO, 1999.

MATINEF

GIOVANNI BOCCACCIO

El Decamerón

[Fragmento]

[Giovanni Boccaccio
a Luis Mario Schneider
dedica.]

II

El judío Abraham, estimulado por Jeannot de Chevigny, va a la corte de Roma y al ver la maldad de los clérigos, vuelve a París y se convierte al cristianismo.

El cuento de Pánfilo hizo reír pero también meditar a las mujeres. Y luego de ser el cual contado y llegado a su fin, la reina, volviéndose a Neifile, ordenó que prosiguiera el solaz. Y ésta, a la que no adornaba menos la cortesía que su belleza, dichosa dijo que lo haría de buen grado, y empezó de esta manera:

—Pánfilo nos ha mostrado en su cuento que la benignidad de Dios no repara en nuestros errores cuando provienen de algo que no podemos ver. Con mi cuento tengo la intención de demostraros cómo esa misma benignidad divina, al tolerar con paciencia las faltas de aquellos que, por su estado y condición, deberían dar testimonio de ella con sus palabras y sus obras, y no lo hacen, es la prueba de que creamos en ella con mayor ánimo.

—He oído decir, graciosas amigas, que hubo en París un gran mercader y hombre bueno, llamado Jeannot de Chevigny, que dirigía leal y honestamente

un enorme comercio de telas. Tenía una singular amistad con un judío riquísimo, llamado Abraham, no menos leal y honesto que él en el comercio. Por lo cual a Jeannot, viendo en su amigo tanta honestidad y rectitud, le dolía mucho que el alma de ese hombre tan sabio y bueno, fuera a la perdición por una religión errónea. Y, amigablemente, comenzó a rogarle que abandonara los errores de la fe judaica y abrazara la cristiana, la cual, como él mismo podía ver, era santa, buena y en aumento constante; mientras que la de Abraham, como él mismo podía discernir, no dejaba de disminuir.

El judío respondía que para él no había religión más buena y santa que la judaica; que había nacido en el seno de ella y en la misma deseaba vivir y morir, y que nada en el mundo podría apartarlo de ella. Sin embargo Jeannot, pasados algunos días, volvió a la carga y, con argumentos propios de un mercader, le explicó por qué nuestra religión era superior a la judaica. Y aunque el judío era un hombre muy versado en la ley hebrea, empezaron a gustarle las palabras de Jeannot, movido tal vez por la buena amistad que llevaban, o porque el Espíritu Santo pone a veces palabras sabias en la lengua del idiota. Sin embargo, pertinaz en su creencia, siguió siendo fiel a ella. Pero la tenacidad de Jeannot no cejaba, y, un buen día, el judío, vencido al fin por tantas instancias, le dijo:

—Jeannot, puesto que a ti te agradaría que me hiciera cristiano, estoy dispuesto a hacerlo, y tanto, que antes quiero ir a Roma y ver allí al que tú llamas vicario de Dios en la tierra, para considerar las maneras y las costumbres de él y las de sus cardenales, hermanos suyos. Y si ellas me parecen tales para que yo pueda, entre lo que allí vea y tus palabras, convencerme de que vuestra fe es mejor que la mía, cosa en la que has puesto todo tu ingenio, cumpliré lo que ahora te prometo. Pero si no fuese así seguiré siendo judío, como hasta ahora.

Al oír esto, Jeannot fue presa de la zozobra, y dijo para sí mismo: «He perdido el fruto de tanto esfuerzo que parecía óptimamente empleado en convertirlo. Si va a la corte de Roma y ve la corrupta y malvada vida de los clérigos, no sólo no se convertirá al cristianismo, sino que, siendo cristiano, abrazaría al punto la fe judaica». Entonces, volviéndose a Abraham, le dijo:

—Oh, amigo, ¿por qué quieres tomarte tal trabajo y gastar lo mucho que cuesta el viaje a Roma? Considera que un viaje, por tierra o por mar, está lleno de peligros para un hombre tan rico como tú. ¿Acaso no crees que aquí mismo pueden bautizarte? Si alguna duda tienes acerca de la fe que yo te expongo, ¿dónde hay maestros y doctos en ella mejores que aquí, quienes pueden responder a todo lo que tú les preguntes? Por ello pienso que es superflua la idea de tu viaje. Piensa que los prelados son allá iguales a los que aquí has visto, y aún mejores, por estar cerca del Pastor principal. Evítate, pues, tal fatiga, que después podrás tener para ganar alguna indulgencia, en cuyo caso y por ventura podré hacerte compañía.



MATINEF

A lo cual respondió el judío:

—Yo creo, Jeannot, que es como tú dices; pero, para decírtelo en pocas palabras, estoy decidido a hacer el viaje (si en verdad quieres que haga lo que tanto me has rogado), en caso contrario, no haré nada.

Al ver tal determinación, Jeannot dijo:

—Que la buena ventura te acompañe.

Y se puso a pensar en que Abraham, en cuanto viera la corte de Roma, desistiría de querer ser cristiano; y, en vista de que Jeannot nada perdía en ello, dejó de insistir.

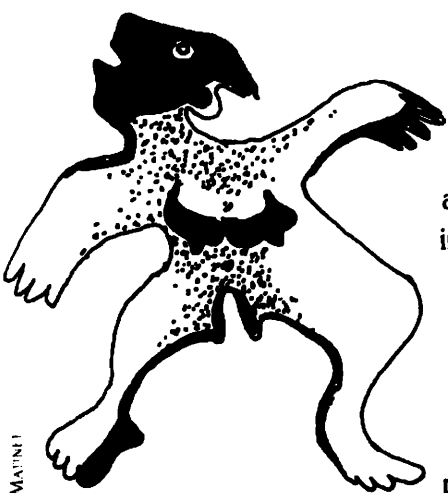
El judío montó a caballo y se dirigió a Roma, donde unos judíos lo albergaron con grandes honores. Y estando ahí, sin dar cuenta a nadie de sus intensiones, cautamente comenzó a observar las costumbres del papa, de los cardenales, de los demás prelados y de todos los cortesanos. Y entre todo lo que él advirtió, pues era un hombre muy sagaz, y con ayuda de lo que le contaron, vio que desde el mayor hasta el menor todos allí, generalmente, pecaban de lujuria con enorme deshonestidad, y no sólo en la manera natural, sino también en la sodomita, sin freno alguno de remordimiento o de vergüenza, y hasta tal punto, que ningún puesto se conseguía allí sin la poderosa influencia de las meretrices y de los efebos. Además de eso, todos eran glotones, borrachos y más servidores de su propio vientre y de la lujuria, que de cualquier otra cosa, como si fueran bestias brutas. Y, más adelante, vio también que eran tan avaros y codiciosos que eran capaces de traficar con la sangre humana y con los beneficios divinos, y que vendían y compraban indulgencias como si fueran simples objetos comerciales, y que había tantos intermediarios en esa clase de comercio como en París el de las telas o cualquier otra clase de mercadería. A esa desvergonzada simonía llamábanla «procuradoría», y a la gula «sustentamiento», como si Dios, prescindiendo del significado de las palabras, no conociera la intención de tan pésimos ánimos e, igual que los hombres, se dejara engañar por los nombres de tales cosas.

Las cuales, junto con muchas otras que preferible es callar, desagradaron grandemente al judío, que era un hombre sobrio y modesto; y pareciéndole haber visto bastante, decidió regresar a París, y así lo hizo.

En cuanto Jeannot supo que había vuelto, fue a verlo, aun a sabiendas de que no se convertiría al cristianismo, y ambos se encontraron con gran alegría. Dejándolo descansar del viaje algunos días, le preguntó después qué impresión tenía del papa, de los cardenales y demás eclesiásticos en general.

A lo que respondió prestamente el judío:

—Muy mala, a fe mía. Y pido a Dios que los maldiga. Y por lo que pude ver y considerar allí, dígame que no hallé santidad alguna, ni devoción, ninguna buena obra o ejemplo de vida ni de nada en ningún clérigo. Sólo he visto allí lujuria, avaricia, gula, fraude, envidia, soberbia y cosas peores (si peores puede uno encontrar en alguien). Y tanto privan éstas entre ellos, que



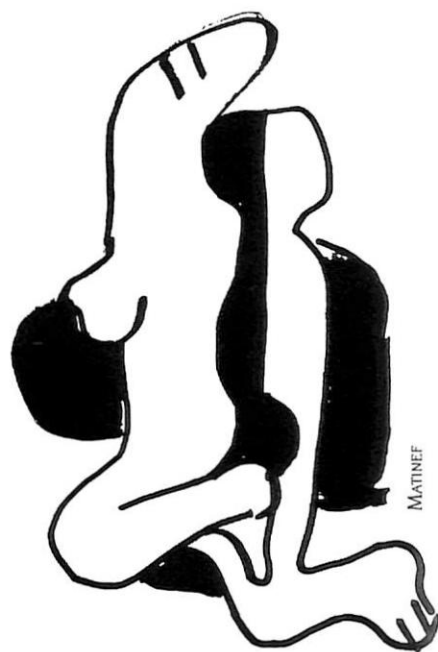
parecióme ese lugar más la fragua de obras diabólicas que de las divinas. Por lo que vi y considero ahora, creo que vuestro principal Pastor y, en consecuencia, todos los demás, ponen todo su ingenio en reducir a nada y a expulsar del mundo la religión cristiana, precisamente en el lugar donde tiene su principal sede.

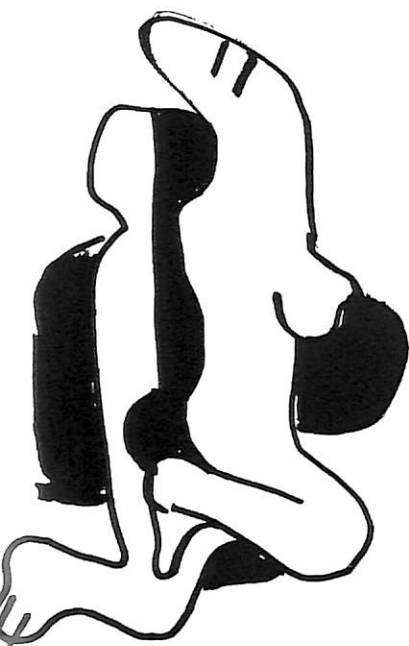
Pero, en vista de que ellos no sólo no consiguen lo que pretenden, sino que vuestra religión aumenta y se vuelve más clara y lúcida cada día, me parece que el mismo Espíritu Santo tiene que ser fundamento de ella, y que es la más verdadera y la más divina porque el mismo Espíritu Santo la apoya y la protege. Razón por la cual, si antes me mostré inflexible y reacio a tus exhortaciones a volverme cristiano, ahora te digo que nada en el mundo evitaría mi conversión. Vayamos, pues, a la iglesia, y allí según las debidas costumbres de vuestra santa fe, que me bauticen.

Jeannot, que esperaba una conclusión del todo contraria a ésta, se sintió entonces el hombre más feliz del mundo. Y ambos se dirigieron a Nuestra Señora de París, donde solicitaron a unos clérigos que bautizaran a Abraham. Los cuales, al oír que él así lo deseaba, prestamente lo hicieron. Jeannot fue su padrino y lo sacó de la pila ya con el nombre de Juan. Poco después, fue debidamente adoctrinado por hombres doctos en nuestra religión, y en lo sucesivo fue considerado cual hombre meritorio y ejemplo de santa vida.

LA CRÓNICA ESCANDALOSA y las anécdotas municipales, que hallamos a menudo en *El Decamerón*, mantienen viva la impronta de las prolongadas conversaciones nocturnas de los aventureros mercaderes reunidos alrededor del fuego y del vino que incita a contar cuentos salaces y alegres, tal y como aparecen retratados en hermoso prólogo al noveno cuento de la segunda jornada. Pertenecen a la tradición burguesa prehumanista –lejana, por ejemplo, de las *Facetiae* de Bracciolini–, que tuvo su celosa y exclusiva consagración en Sacchetti, el último escritor medieval y «devoto» de Boccaccio.

Justamente por su formación espiritual y cultural de la Edad Media, y porque su fantasía y su sensibilidad se abren particularmente a las formas de vida de esos siglos, Boccaccio siente y, por instinto, logra representar en su obra maestra la ideal y admirable continuidad entre aquella época de caballeros de la espada y este mundo de caballeros del ingenio y de la industria humana; entre aquellas figuras principescas, solitarias y cubiertas de alhajas relucientes y estos héroes ejemplares de la nueva civilización, surgidos del seno de la burguesía italiana, que en la expansión mercantil de aquellos siglos había escrito una nueva epopeya.





Las Cruzadas, la formación de las repúblicas y de los municipios libres; el establecimiento en Nápoles de un reino mediador entre Oriente y Occidente; las grandes guerras de Francia e Inglaterra no son, en cierto sentido, sino antecedentes del último y más espléndido florecimiento medieval en Italia: dos grandes momentos históricos reflejados y, de alguna manera, consagrados por Boccaccio en una ideal y alta unidad.

Son, por ende, los mismos motivos constitucionales de la obra, en sentido ideal y fantástico, en el plano estructural y en el narrativo, los que configuran a *El Decamerón* como una grandiosa arquitectura gótica, donde se encierran y ordenan decorosamente las representaciones más humanas y típicas de la maravillosa vida del Medioevo: plasmadas –como sucede por lo general con las epopeyas y con los anhelos literarios de una época– en el momento en que dicha civilización se acercaba espléndidamente a su ocaso.

La obra maestra de Boccaccio –por contener en sus aspectos más constitucionales y válidos como típica «comedia del hombre» representado a través de los paradigmas canónicos para la visión cristiana y escolástica de la vida, como una vasta y multiforme epopeya de la sociedad medieval italiana, intuida y retratada en su otoño espléndido y lujuriente– no se opone a *La Divina Comedia*, como se ha dicho desde De Sanctis en adelante: la flanquea y casi la completa. Si se quisiera ver la imagen del Medioevo sólo en una de estas dos obras, la imagen resultante sería falsa y unilateral. Ciertamente no sería la impronta de la sugestiva y casi enigmática armonía del afán por lo trascendente y de la búsqueda de lo concreto y de lo real, de raptos místicos y robusta voluntad de goce, que hace tan fascinante esta época todavía misteriosa, esta civilización madre de nuestra cultura y de nuestra vida. El poema dantesco representa la más grandiosa sistematización, la más grandiosa *summa poetica* de la especulación intelectual y moral de aquella sociedad, y es, en cierta forma, una extrema admonición y una extrema profecía hecha a toda la humanidad, que parte de esas altas presuposiciones ideales. *El Decamerón* es, por su parte, la representación y la consagración artística de la realidad cotidiana, de aquel mundo tan humano. También es, en cierto modo, una *summa*: la *summa* de aquella vida azarosa, llena de aventuras y de acechos, en la que todos los días el hombre ponía a prueba sus capacidades y sus virtudes, y la burguesía y la gente más humilde y anónima desplegaban su energía industrial, su operoso impulso en una sorda lucha por la existencia, recordando y casi siguiendo la estela de la epopeya heroica de los siglos precedentes. *El Decamerón* es la *summa* de un mundo que –de acuerdo con el pensamiento escolástico– no es menos real ni menos válido que el otro, que cantó Dante, dominado por lo trascendente. LC

VITTORE BRANCA